

CRITICA LITERARIA

por Domingo Melfi

Goliath: la marcha del Fascismo por G. A. Borgese.— Ediciones, Claridad, Buenos Aires;

Los que necesitan una información seria y profunda acerca del fascismo y su entronque en la política y en la historia de Italia, deberán leer este admirable libro de G. A. Borgese, ilustre profesor italiano, hoy en exilio. Vive en Estados Unidos y desempeña en una Universidad de aquel país, una cátedra de estética y Literatura italiana. Borgese era ya uno de los autores más brillantes de Italia, cuando hubo de abandonar la península, en desacuerdo absoluto con la política de Mussolini, del cual era amigo en los días álgidos de la preparación de la toma del poder.

Sus recuerdos del Duce son preciosos por la firme autoridad del documento personal y porque la solvencia intelectual de Borgese, heredero de De Sanctis y de Croce, — los dos más altos exponentes de la crítica italiana en el siglo XIX, el uno, y en el actual el otro — es una materia sobre la que nadie podría arrojar la menor sospecha.

Borgese tiene en su haber una larga obra crítica que representa la madurez del pensamiento italiano. Desde su célebre libro *Storia della critica romantica in Italia* hasta su no menos medular ensayo *Il senso della letteratura italiana*, pasando por sus volúmenes de perfiles críticos de autores europeos, y sus novelas de agonía, como *Rube* y *E I Vivi E I Morti*, el mismo espíritu de creación y de combate informa la médula de su labor y de su pasión generosa por la tierra italiana. Porque no es preciso ser un fascista militante, ni haber corrido con estruendo detrás de los escuadrones alucinados del Duce, ni manifestar un acuerdo cerrado y sin examen por las doctrinas de aquel dictador, para sentir amor por la tradición italiana y respeto por las grandes figuras que decoran su extraordinario pasado. Por el contrario se puede admitir todo esto y no aceptar el fascismo; se puede comprender todo el eclipse de la vida intelectual italiana de hoy y admirar el temple de la raza, se puede condenar la política de un hombre autoritario y ser al propio tiempo un admirador de la Italia liberal de Mazzini, es decir: una visión serena y equilibrada proporcionada a las reales oportunidades de la historia, sin ninguna pretensión mística a la supremacía o hegemonía de Italia sobre Europa.

En el libro de Borgese, hay ironía, dolor, decepción y también reconocimiento hacia el espíritu liberal, más que todo hacia la Italia del Risorgimento, que fué formada en el troquel de la libertad política. Hay que seguir el pensamiento de Borgese para penetrar, aunque sea un poco en esta obra densa y profunda, acaso la más trascendental de estos últimos años, escrita por un italiano y en la cual se puede seguir, con la ayuda de un estilo sereno, todo el desarrollo y la evolución del espíritu y de la política. Italia en sus comienzos fué un organismo débil — Borgese habla de la Italia del Risorgimento — económica y socialmente con una población que apenas alcanzaba a veinticinco millones, la mayor parte, campesinos y labradores, prácticamente sin industrias, con el más pobre abastecimiento de materias pri-

mas y de recursos naturales. El porcentaje del analfabetismo era extraordinariamente alto. La diferencia educacional entre el norte y las demás regiones era profunda. El Estado era una monarquía constitucional, modelada más o menos exactamente sobre los mejores ejemplos occidentales; la teoría de Cavour de la libertad en el orden y del progreso dentro de la justicia, fué la religión oficial del país. Pero especialmente las poblaciones del sur y del centro que habían pertenecido antes al estado papal fueron tardías en imbuirse de esa nueva religión; se convirtieron fácilmente en pasto electoral, sujetos y objetos de la corrupción y de la logrería política; un fenómeno por lo demás exagerado por muchos historiadores y lejos de ser peculiar a la Italia de 1870, bien conocido en muchos otros países de Europa y América. Como quiera que sea, las necesidades económicas y políticas del cuerpo italiano, fueron satisfechas. Ninguna otra nación hizo en tan corto tiempo el camino que Italia cubrió entre 1874 y 1914. La herida italiana estaba o parecía estar cicatrizando; el sufragio se había extendido a todas las clases sociales; la legislación era tan liberal como en cualquier otro estado de la Europa occidental; la burocracia era, en general, conciente y honesta; el analfabetismo aunque no extirpado del todo iba siendo victoriosamente combatido.

En el terreno técnico y económico, Italia no pudo obtener en las circunstancias de aquel tiempo, la felicidad y la riqueza de otros países más viejos y mejor dotados; sus agricultores e ingenieros no pudieron recoger en su suelo árido, oro o carbón, pero el desenvolvimiento industrial, si se considera la falta casi absoluta de materias primas, fué un milagro de la voluntad humana, solo comparable a las realizaciones de Suiza; fueron construidos millares de kilómetros de caminos carreteros y de ferrocarriles, se abrieron túneles a través de los Alpes que fueron obras maestras de inventiva y de trabajo no menos sorprendentes que las obras de arte y que abrieron un semicírculo de pasos entre el valle del Po y la Europa; más marismas de la boca del Po fueron segadas; mejoró la agricultura, la población aumentó en un tercio. El último nacido entre los estados del Oeste, Italia, conquistó entre ellos casi de inmediato una posición honorable de primera fila.

Esta fué la obra de la Italia liberal, de pronto detenida por el advenimiento del fascismo. Tal es la teoría de Borgese. Pero influyó además en ello la enfermedad espiritual, la influencia de Roma, como generadora del imperialismo, la creencia de que Italia estaba llamada a desempeñar una misión particular. Borgese analiza con minucioso empeño filosófico esta anomalía curiosa del pensamiento italiano. Y la analiza con pasión, con la misma fría objetividad que pondría en ello un historiador desvinculado de las raíces italianas.

Son muchos los puntos que la Italia liberal dejó como herencia del fascismo, aprovechados por este para su exaltación del nacionalismo. Entre otros, el inmenso programa de mejoramiento de tierras, una parte impor-

tante de ese programa se había cumplido ya principalmente en la zona de Ferrara, cerca de las bocas del Po. Pero el fascismo, al recibir la herencia, inmediatamente tuvo la idea de desviar el centro del programa de las provincias remotas a la vecindad de Roma.

No sería posible sino en largas crónicas, analizar la medular importancia de esta obra de Borgese. Está revisado el proceso del fascismo con criterio de historiador y de filósofo. Borgese anota sus experiencias y sus estudios, juzgando la obra de los escritores y de los políticos. Es el sistema más apropiado, para no caer en el vulgar panfleto, en el libro de ataque sistemático y agresivo. Un escritor de la talla de Borgese, de tan riguroso método crítico al enjuiciar con tal profundidad un movimiento como el fascismo, no podía dejar de acercarse su examen a todas las actividades del espíritu italiano, especialmente al destino de sus figuras más señeras. De allí sus formidables juicios sobre Dante y Macchiavelli, los dos grandes constructores del espíritu de Italia. Pero su conocimiento minucioso de la península, es otro particular elemento de examen.

El psicólogo se une al hombre de pensamiento. Las generaciones italianas aparecen vivas en esta interpretación magnífica. Y no solo las generaciones de intelectuales y de políticos y de hombres fundamentales en la tarea de conducir el Estado, sino las experiencias internacionales, sus errores diplomáticos, sus aventuras expansionistas.

Un capítulo del libro destinado a examinar la similitud de los movimientos nacionalistas en Alemania e Italia, impone al lector desde luego, la agudeza y la exactitud del examen de Borgese. Sobre estas dos enfermedades políticas que mantienen en Italia y Alemania la ley dura del más absorbente y ciego despotismo, el célebre escritor italiano deduce admirables lecciones de historia.

Alemania peregrinó durante miles de años hacia Italia heredera del mundo antiguo. Los alemanes del pasado recibieron muy poca educación clásica y en cambio los italianos recibieron demasiado: los últimos han sido sobrealimentados de antigüedad y aquellos muy escasamente. Pero hay razones más profundas que Borgese pone de manifiesto y es necesario conocerlas. Un autor romano, Tácito — dice — escribió un panfleto *Germania*, en el que mezcla algunas informaciones sobre el norte de Europa, entonces casi inexplorado, con muchas sugerencias derivadas de la tradición poética de la Edad de Oro y de intenciones políticas, para establecer un contraste entre la decadencia y la servidumbre de la civilización romana y la supuesta belleza de primitivismo y de la barbarie. Muchos siglos después, cuando los escritos de Tácito fueron desenterrados y los alemanes los pudieron leer, los tomaron literalmente, haciendo inmediatamente del librito latino la carta de la pureza de la hidalguía alemana y de su primacía misionaria en un mundo de naciones extraviadas que necesitaban con urgencia ser sacadas de las tinieblas por un pueblo redondor elegido. En la Edad Media, fueron naturalmente los latinos quienes libra-

ron del olvido el mito del Imperio Romano, gigante gotoso. Apareció después Lutero, feliz excepción, a lo menos por algunos años de su carrera, un protestante y el primero de los protestantes victoriosos en la historia; pero no pudo evitar a sí mismo y a su nación, que poco después imitasen las obsesiones sectarias y las perturbaciones políticas con las que los italianos hundieron el edificio de su Renacimiento. Pasaron tres siglos y se produjo en Italia otra vez el "Resorgimento". Otra vez Alemania cruzó los Alpes, hacia su escuela tradicional para aprender la nueva lección de la resurrección de las naciones. Alemania tenía, en verdad, sus propios medios en el crecimiento de Prusia y en los trofeos de las guerras antinapoleónicas, sin embargo fué en las recientes huellas de Cavour las que tomó Bismarck y a un intervalo de pocos años, haciendo de la técnica de Cavour una cosa mucho mayor, aunque menos pulcra. Medio siglo después el fascismo floreció en la tierra de los naranjos y de las teorías políticas.

Otra vez los alemanes descendieron a Italia para aprender. Pero en este caso pudieron reclamar una parte de la invención porque, en efecto, ellos se habían dado la pena de elaborar en cierta serie de filosofías sistemáticas, los furros heroicos de Macchiavelli y del toma y daca en el intercambio de productos acabados y a ser acabar, no hubo cálculos entre las dos factorías de ambos lados de los Alpes. Con todo parece que si los alemanes en la habitual timidez y vacilación de su imaginación política, a nada se atrevieran mientras Italia su maestra no empezara por dar el ejemplo. Italia la más pequeña, mostró que algo como el fascismo era posible. Alemania lo hizo y como siempre en mayor escala.

Borgese ha escrito el libro que faltaba sobre el fascismo. Es el más serio y el más profundo que conocemos y el que más apretadamente enjuicia ese régimen de gobierno y sus consecuencias en el acierto del mundo.

Hasta ayer, circulaban por el mundo panfletos exclusivamente agresivos; obras dictadas por el odio o la admiración ciega a las democracias. Borgese ha hecho el análisis justo, sereno, en el cual la vida italiana y la vida europea, a través de centenares de años, camina con sus innumerables relaciones y fenómenos universales, dando cuerpo a múltiples formas de la actividad política. En quinientas páginas vigorosas y luminosas, el pensador italiano revisa y procesa, sin temor, sin alardes, sin estridencias, como corresponde a un verdadero intelectual, a un verdadero dominador de las ideas, la marcha del fascismo, condenándolo en sus errores, en su extorsión del pensamiento, en su desviada línea política interna y externa. La editorial Claridad en Buenos Aires, ha hecho un servicio positivo a la cultura y a las ideas libres de América, haciendo traducir este libro formidable, el más completo y el más elocuente que se haya escrito sobre Italia, sobre Mussolini y su obra y sobre los hombres que fueron perseguidos y sobre los que fueron obligados a salir de su patria.

D. M.